

Dejarse caer

Roger Bernat, EL MUNDO 23/06/06

En este lugar de mundo caes a menudo en agujeros negros. Vas a la imprenta al mediodía para hacer un pequeño cartel y acabas a las diez de la noche tirado en un sofá fumando de manera compulsiva. Y el impresor de 61 años que no para de hacer porros con un papel de fumar que lleva impreso la mano de Fátima. Más tarde, con todo el colocón, sales de la imprenta y caminas como un *zombie*. No importa, aquí los taxis son baratos y cuando te cansas de caminar te subes y le dices Zamalek: Brazil, 9 y te lleva hasta tu casa. Entonces, mientras te arrastras por ese barrio perdido aplastado por el calor esperas ser engullido por otro agujero negro. Por ejemplo, una música atronadora que sale de un callejón. Te asomas y una turba de jóvenes arrabaleros te mete en una batidora que ruge al ritmo de una extraña mezcla de hip-hop y raí. Cientos de personas te rodean haciéndote bromas extrañas y empujándote para que bailes. Tiembles pero te metes allí dentro como si se tratara de un ritual del que solo salen los que son capaces de dejarse llevar. Pero los que te llevan son tan raros. Luego, los chicos arrabaleros te invitan a fumar maría sin saber que estás a punto de desmayarte del fumadón que llevas. Te hablan en árabe sin importarles que no entiendas nada y hablas en español porque es la única manera de gritar algo y reaccionar. En un extremo de la calle están las mujeres y la novia, y en el otro están los chicos, el novio y la banda de *grind-core-raí*. El cantante se pasea por entre la gente con el micro erecto enchufado a la boca. Lo comparte con los demás que siguen rimando como si lo hubieran aprendido en algún barco de camino al Bronx. Un chico se me acerca a los labios con los suyos en flor. Lleva un filtro de cartón para que aspire el humo del porro que lleva en la boca. Es un juego macarra lleno de sexualidad masculina. Otro chaval, disfrazado de mujer con velo, baila sobre el asfalto. Se le acercan moviendo la cadera para follarlo. Le dan tirones, lo empujan, lo soban hasta que queda tendido en el suelo medio desnudo agarrado a una pierna tejana, y la música no para de sonar y el chico no para de reír. Tras los jóvenes y los niños se nos acercan los chicos de pantalones más ajustados. No los maricas sino los chicos malos. Nos arrinconamos, nos calibramos e intercambiamos mercancías. Y todo acaba con besos en las barbas que sellan los negocios. Exhaustos, llegamos a un bar de cervezas, a un bar-discoteca para pijos con camareros con pajarita y mesas de a tres manteles. La gente que no baila encima de las mesas está sentada sobre la barra. Las chicas, aquí sí, se contonean con faldas demasiado cortas al ritmo del *main stream* local. Entre gritos, Hassan, un productor de Al Yazira, habla del Islam, de la red de servicios sociales que ha sustituido la inhibición del estado laico. Lo abrazo, recuerdo su casa forrada de viñetas de Forges y sigo bailando al ritmo de Nancy Agram. Me vuelvo a sentir caer en el agujero. Hassan sigue con lo suyo. Ayer, al salir del ascensor, acompañó la puerta para no despertar a los vecinos. Lo que le habían enseñado en la escuela y que ahora volvía a su memoria de la mano de los Hermanos Musulmanes. ¿Cómo no voy a hacerme creyente? Más tarde nos encontramos en casa de una pareja de eslovacos. Son demasiado rubios y tienen algunas drogas. Corremos las cortinas y hacemos oídos sordos a la primera llamada del almuacín. Una hebra de tabaco encendida me quema la camisa. Al rato, cuando ya nada

parece que vaya a ocurrir, salgo de nuevo a la calle. Camino sin saber a dónde. Cierro los ojos, cruzo los dedos y espero a caer en otro agujero.